

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

En cumplimiento del artículo 24 de la Ley de Prensa e Imprenta, hacemos constar, para información de nuestros lectores, que el propietario de esta revista de poesía PEÑA LABRA es la Institución Cultural de Cantabria...

Cantabria. Un bello nombre sugeridor, que lo dices y suena y resuena a pelea montaraz convocada por misteriosos cuernos, a praderas verdes y a mar de Castilla. Hablaban de dárselo como título a la provincia de Santander. Yo creo que no, que es demasiado hermoso para gastarlo tan a diario. Cantabria se llama ahora un centro hospitalario de mucho postín (científico), donde profesan leoneses, que también somos algo cántabros; y es rótulo de los empeños culturales, nada mancos, de aquella Diputación; y anda en boca de los poetas y artistas que por estas semanas llenan la ciudad norteña, indiscutida -indiscutible- capital de verano para la cultura española...

Bien. A lo que íbamos es a que "Peña Labra" acaba de entregar ahora el número 7 de sus pliegos de poesía. Y sin atender nosotros precepto alguno, sólo por cumplir el no menos vinculante de lo leonés, nos parece necesario publicar el carácter cremeriano de este número, monográfico casi.

Hay una estudiosa "Aproximación a la poesía de Victoriano Crémer". Y sobre todo, una separata impresa con delicia, que el poeta tipógrafo, y a mucha honra, habrá sabido estimar. Sobre las hojas grandes, color de pergamino viejo, han quedado estampados cinco poemas de aliento largo, todos encerrados -y nunca mejor dicho- dentro de "Los cercos" como título. El último, acaso clave esclarecedora, está a puño y letra del poeta y transmite en sus rasgos fieles la segura vibración interior. Casi se echa de menos un error, un borroncillo. Pero no. La pluma ha ido recta como el verso, y quedan claros y firmes esos altos bastiones que hacen del hombre una Zamora bien cercada.

Cavilo que más que a defendernos de los demás, ellos -los cercos- están a guardarnos de nosotros mismos.

-* -

EN “una céntrica librería leonesa”, rodeo secular para que no se sulfuren los administradores de periódico, me cayó al lado un ciudadano extranjero que pidió algo, alguna obra, explicadora de por qué ocurrió la última guerra de España.

Son instruidos, los libreros leoneses. Este que digo, le proporcionó a nuestro curioso visitante un surtido extenso sobre "lo del 36". Pero el cliente insistía: él no quería saber cómo pasaron las cosas, sino, exactamente, las causas de que pasaran.

Ignoro si hubo transacción mercantil, pues los trajines del día me llevaron a algún otro lugar (que siendo en esa zona, seguro que se trataba de un Banco). Pero me fui recordando la frecuencia con que en otros países me han hecho a mi idéntica pregunta.

Existe, desde luego, inmensa- bibliografía sobre el peliagudo tema, pero los autores suelen atender, más que a las causas, a los efectos.

Ahora, sí. Ahora podría yo aconsejar una lectura de apenas dos docenas de páginas. Se trata de una especie de prólogo de Tuñón de Lara, que abre las páginas, del "San Camilo", de Cela en la edición francesa de Albin Michel.

Un informe denso, aleccionador, que nos gustaría ver en páginas más asequibles a la ciudadanía española.

-*_

ME han convidado a una boda villafranquina. Poco importa que la epístola de San Pablo se leyera en una iglesia de León. Ni siquiera que una de las dos ramas -que algo y entrañable tiene que ver con nuestro periódico- provenga de otras geografías. El caso es que entre las Delicias de Mero San Germán y el pastel que los novios encetan con pulso tembloroso, nos trajeron un plato de buena carne, donde lo mejor, como tanto ocurre en la vida, estaba en lo subsidiario, en el acompañamiento, en el aderezo: los higos pickles. ¡Qué pickles, ni qué historias! -dan ganas de impugnar la carta-. Comprendemos que es nombre para el comercio que quiere salvar fronteras; y bien está. Pero los higos que nos ponen son higos bercianos, probablemente de Corullón, que iban para higos "zoupeiros" y una industria veterana ha acomodado a apetencias universales. Lo importante es que traen olores, sabores y recuerdos que nos impregnan de Villafranca.

No hay como las reuniones amplias para meterse uno en su rincón interior. Ahora mismo, entre el humo espeso de los cigarros, Villafranca es para mí la plaza. (Eso que nací hombre en la democracia del "Otro lado"). Y lo mismo que no puedo pensarla sin la imprenta del tío Tomás y los soportales con novios y los serenos frente al Ayuntamiento, la imagen se me niega si no coloco en medio la figura de don José: el aire calmo y patriarcal, el pelo y el bigote blancos, la cara como añorada e inocente:

Don José Ledo, además de creer en Dios, tenía fe en muchas maravillas: creía que entre él y mi padre componían una oposición temible en el Ayuntamiento de mayoría republicana: creía en las procesiones; confiaba a ojos cerrados en la honradez de los hombres; y, desde luego, en la fidelidad casi racional de los frutales del Bierzo.

Me parece que se marchó de donde nosotros por un último catarro. Podía haber pasado los inviernos en Alicante, pero a ver quién iba a cuidarse de la hoguera de Santo Tirso, y luego el problema de tener predicador para Semana Santa, y las cerezas que visto y no visto están asomando.

Se fue don José, y quizá en aquel momento no hemos escrito cuanto cabía decir. Pero lo propio de los hombres grandes es que se abren paso en nuestra memoria al hilo de una sensación, de una música, de la fragancia de unas frutas.